

Silva, Ludovico. 1976. *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*. 2º ed. Caracas: Monte Avila.

### **Ideología – conciencia de clase**

Caracteriza también a los manuales de marxismo cierta pereza intelectual para tratar uno de los problemas centrales de la teoría social de Marx: la ideología. He tratado este problema largamente en otros libros, a riesgo de parecer pedante. Desde que escribí mis libros *La plusvalía ideológica*, *El estudio literario de Marx y Teoría y práctica de la ideología*, mi pensamiento sobre el concepto de ideología no ha variado mucho. Al calor de una infinidad de discusiones, charlas y conferencias he tenido que apretar algunos tornillos flojos, tales como el referente a la posibilidad (teórica y práctica) de una “ideología del proletariado” que implice una noción positiva de la ideología, y no esa noción negadora, suspicaz y peyorativa que, siguiendo a Marx, he manejado siempre. ¿Es la ideología un fenómeno específico de las zonas no conscientes del psiquismo humano, ligado a fuerzas irracionales y sometido al control social como un muñeco, o bien hay la posibilidad de una ideología consciente, revolucionaria, destinada a luchar contra los valores establecidos por la clase dominante? Tengo muchas dudas acerca de la posibilidad de una “ideología revolucionaria”, aunque haya hablado mil veces de su necesidad. Las dudas provienen de un afán de rigurosidad. Si se usa rigurosamente el vocablo “ideología”, se denotará siempre un campo de acción mental encargado de preservar los valores de la clase opresora; y es un campo que actúa en la mente de los oprimidos como fuente irracional de lealtad hacia el sistema de opresión. ¿Cómo denominar entonces (me lo han preguntado muchas veces) el campo de acción mental de aquellos oprimidos que luchan conscientemente por liberarse de la opresión? Creo que el mejor nombre fue el que le dio Marx: conciencia de clase. Dentro de su manera dialéctica de observar la historia, había dos opuestos antagónicos que él subrayó firmemente y que los manualistas han postergado: “ideología” y “conciencia de clase”. La ideología capitalista ha penetrado tan profundo en nuestros psiquismos, que hemos terminado por declarar necesaria la ideología, y hemos llegado a pensar que la ideología hay que combatirla con ideología, que es lo mismo que combatir el pecado con la vergüenza. En este sentido, dice muy bien el manual de Marta Harnecker que la ideología “se ejerce sobre la conciencia de los explotados para hacerles aceptar como natural su condición de explotados; se ejerce sobre los miembros de la clase dominante para permitirles ejercer como natural su explotación y su dominación”<sup>1</sup>. Pero en otros puntos diferiré de la teoría de la ideología que Marta Harnecker expone, y tendrá oportunidad de demostrarlo. La teoría que ella hábilmente maneja no es otra que la de Althusser, como la autora misma confiesa. Tiene las

---

<sup>1</sup> Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, 25 ed., México, 1974, p. 99.

mismas contradicciones que la teoría althusseriana<sup>2</sup>, que dice algunas verdades, pero desfigura otras.

Pero, antes de comentar los pensamientos manualescos será conveniente partir de una definición de ideología. Hay dos maneras de enfrentarse a este problema: definirla en los términos que la concibió Marx, o redefinirla con estos mismo términos, pero añadiéndole datos posteriores a la investigación de Marx. Intenté ambas definiciones en un libro, y las copiaré aquí literalmente. En realidad, más que definiciones, son *caracterizaciones* de un problema. la primera caracterización dice así:

“En toda la historia humana, las relaciones sociales más elementales y básicas, que son aquellas que los hombres contraen en la producción de sus medios de vida y de su vida misma, engendran en las mentes de los hombres una reproducción o *expresión* ideal, inmaterial, de aquellas relaciones sociales materiales. En la historia conocida, que no por azar Marx llamaba *prehistoria*, desde el momento en que hacen su aparición la división del trabajo (cuya primera manifestación es la división en trabajo físico y espiritual, con lo que surge ‘la primera forma de los ideólogos’ ‘los sacerdotes’) <sup>3</sup>, la propiedad privada y, posteriormente, la producción mercantil, aquellas relaciones materiales adquieren el carácter de un antagonismo social entre poseedores y desposeídos, entre propietarios y expropiados: son los factores histórico-genéticos de la alienación. Este antagonismo encuentra también su expresión ideal en las mentes de los hombres: la alienación material adquiere su expresión y su refuerzo justificador en la alienación ideológica. Así como en el plano de las relaciones materiales el antagonismo cristaliza en la formación de una capa social dominante –propietaria de los medios de producción y administradora de la riqueza social según sus intereses- del mismo modo y como expresión de aquel dominio se constituye una ideología dominante. ‘Las ideas dominantes –escribe Marx- no son otra cosa que la expresión ideal (*ideelle Ausdruck*) de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas’<sup>4</sup>. Se trata así de una formación social específica cuya función, históricamente considerada, ha consistido hasta ahora en *justificar y preservar* el orden material de las distintas formaciones económico-sociales. Estas segregan, por ejemplo, su propia ideología jurídica, para justificar idealmente, mediante un lenguaje casuístico, fenómenos como la propiedad privada, o los derechos provenientes de la ‘nobleza de sangre’. La propiedad

---

<sup>2</sup> Althusser se ha expresado en diversos textos sobre este problema. En *Lire le capital* (Maspero, París, 1965) hay importantes pasajes. Pero es sobre todo en *La revolución teórica de Marx* (Siglo XXI, México, 1967), en *Polémica sobre marxismo y humanismo* (Siglo XXI, México, 1968) y en *Ideología y aparatos de estado* (Tupac Amaru, Bogotá, 1974), donde el filósofo francés realiza más cumplidamente su peculiar transfiguración de la teoría marxista de la ideología.

<sup>3</sup> Karl Marx, *Die deutsche Ideologie*, en *Marx. Engels Werke*. Dietz Verlag, Berlín, 1962, vol. III, p. 31.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 46. Véase la versión castellana de W. Roces en *La Ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, pp. 50-51.

privada, que constituye en sí misma una alienación, es ideológicamente declarada ‘inalienable’. La oposición de la *ciencia* a la ideología proviene, así, de que si la ideología tiene un papel encubridor y justificador de intereses materiales basados en la desigualdad social, el papel de la ciencia –y así entendió Marx la suya- debe consistir en lo contrario; esto es, en analizar y poner al descubierto la verdadera estructura de las relaciones sociales, el carácter histórico y no ‘natural’ de aquella desigualdad social.

“La estructura de la sociedad es comparable a los cimientos que soportan a un edificio, y la ideología de la sociedad es comparable, a su vez, al edificio mismo, o mejor dicho, a su fachada. El ideólogo, deslumbrado por la fachada social, se olvida de que son los cimientos los que soportan todo ese edificio jurídico, religioso y político, todo ese *Estado*; es más, declara inexistentes a los cimientos, o en todo caso, invierte las relaciones y dice que es el edificio el que soporta a los cimientos y no los cimientos al edificio; es decir, según el ideólogo, la ideología de una sociedad –su fachada jurídico-política- es la que determina el carácter de la estructura socioeconómica, y no al revés. En suma, piensa que es la conciencia social la que determina al ser social, y juzga a los pueblos por lo que éstos dicen de sí mismos, que es más o menos lo mismo que juzgar un producto comercial por la propaganda que de él se hace. Marx criticaba a la economía clásica –pese a los méritos científicos que le reconocía- el que careciese de una teoría de la explotación y fuese, por tanto, una ciencia *ideológicamente* fundada, encubridora indirecta de la explotación social. El arma principal del proletariado no es hacerse una ‘ideología’ revolucionaria por el estilo de los socialismos utópicos; por el contrario, su arma fundamental es adquirir *conciencia* de clase, una conciencia que sustituye a esa *falsa conciencia* que es la ideología<sup>5</sup>. De ahí que deba nutrirse de *ciencia* revolucionaria y no de catecismos

---

<sup>5</sup> Dado que se trata de una exposición de la ideología *tal como fue formulada por Marx* y Engels, no puedo entrar en el concepto de falsa conciencia utilizando armas teóricas que sólo la psicología posterior a Engels y Marx pudo fraguar. En mi libro *La plusvalía ideológica* (cap. V) traté de explicar ese fenómeno acudiendo a la teoría freudiana del inconsciente y del preconsciente.

No obstante, es preciso dejar constancia de que Engels (por coincidencia, en los mismos años que Freud descubría su teoría) dejó algunas indicaciones reveladoras que son como el puente entre la teoría marxista y la freudiana. Así, por ejemplo, en su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, al hablarnos del viejo materialismo feuerbachiano, aún no desprendido de adherencias ideológicas, en lo tocante al campo de los estudios históricos “se hace traición a sí mismo, puesto que acepta como últimas causas los móviles ideales que allí actúan, en vez de indagar detrás de ellos cuáles son los móviles de esos móviles. La *inconsciencia* no estriba precisamente en admitir móviles *ideales* sino en no remontarse, partiendo de ellos, hasta sus causas determinantes” (*L. Feuerbach y el fin...*, V).

Y en un texto más conocido –pero muy mal interpretado-, la carta a Mehring del 14 de julio de 1893, nos dice: “La ideología es un proceso que se opera en el llamado pensador conscientemente, en efecto, pero con una *conciencia falsa*. Las verdaderas fuerzas propulsoras permanecen *ignoradas* para él; *de otro modo, no sería tal proceso ideológico*”.

En el plano *individual*, nos dirá Freud, lo reprimido se caracteriza por ser un *móvil inconsciente*, algo que ignoramos y que atribuimos erradamente a otros factores. Del mismo modo (aunque no haya que verse en ello un paralelismo estricto, ni “psicología social”) en el plano *social*, la estructura económica de la sociedad es el *móvil real* de cuanto ocurre en las relaciones sociales, y el *ideólogo* se caracteriza por ignorar (a veces interesadamente) ese móvil real y sustituirlo por móviles ideales. Si jugamos un poco con los términos, podríamos decir que la “represión social” representada por la ideología consiste en confundir los móviles reales (estructura socioeconómica) con móviles aparente (“Estado”, “cultura”,

ideológicos. Marx oponía ‘conciencia de clase’ a ‘ideología’. La ideología no ve más allá de los fenómenos (los viejos *phainomena* de la filosofía griega, blanco de los dardos de Platónicos) o apariencias sociales; no ve, por ejemplo, por detrás de las ‘ganancias’ capitalistas la estructura económica oculta de la *plusvalía*; confunde el valor de las mercancías, que es determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesaria para producirlas, con su *precio*, que es algo determinado por el mercado.

Finalmente, la ideología es un fenómeno *histórico* y en modo alguno perteneciente a la ‘naturaleza’ o ‘esencia’ del hombre; lo mismo que la alienación –de la cual ella forma parte–, es un fenómeno *históricamente superable*. En la fase superior de la sociedad comunista, dice la *Crítica del Programa de Gotha*, cuando sea verdad aquello: ‘De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades’ habrá desaparecido, en principio (aunque no quizás en modo absoluto) la necesidad de una ideología jurídica para justificar una situación social degradante. Igualmente, desaparecerá el conflicto entre la ideología de la sociedad, que proclama la bondad de esa situación social degradante, y la sociedad misma. Con la desaparición de la explotación vendrá la desaparición de la ideología de la explotación. Al desaparecer ésta, desaparecerá la ideología”.

Tal era la caracterización de la ideología *en los términos de Marx*, como la entendí hace algunos años. Nada tendría que añadir ahora. Tal vez habría que hacer énfasis en que al hablar de esa futura “desaparición de la ideología” concomitante a la desaparición de la sociedad clasista, no estoy formulando una utopía, al menos en el sentido que se daba a esta palabra en el siglo pasado y a comienzos del nuestro (según el sentido del pensamiento utópico –Marcuse, Mannheim, Kolakowsky–, que es un sentido positivo, la teoría de Marx es utópico). No creo que pueda haber jamás una desaparición *absoluta* de las desigualdades sociales, y por tanto no creo que pueda haber jamás una desaparición *absoluta* de la ideología. *Pero si creo en la posibilidad de un cambio cualitativo de la sociedad, pues la historia nos enseña que eso es posible.* Probablemente, los hombres de la sociedad esclavista creían que su ordenamiento era eterno. También hoy los idólatras de la propiedad privada creen que su régimen fue dictado por alguna divinidad que les confirió la condición de inmortales. De igual modo, estamos tan acostumbrados a la existencia de una ideología de la explotación, que tendemos a eternizar tanto la explotación como la ideología que expresa y la justifica. Puede haber un cambio histórico de grandes proporciones. No un cambio absoluto, puesto que la sociedad humana no conoce

---

“poderes”, etc.). Así, el ideólogo de la Revolución Francesa nos diría que el triunfo de aquel gigantesco movimiento se debió a las *ideas* de los enciclopedistas, o a los “principios” de libertad, igualdad y fraternidad. El anti-ideólogo, en cambio (esto es, el científico en el sentido de Marx, o en todo caso el hombre con conciencia de clase) dirá que todas esas bellas ideas y supremos principios fueron movidos y determinados por una conmoción socio-económica: la liquidación burguesa del orden feudal. Aquellas ideas y principios no eran más que la *expresión* del cambio social, pero no su móvil real. Los móviles reales habían sido cosas como el auge de la manufactura y la implícita división del trabajo, la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía, la invención de las máquinas de coser y de hilar, el naciente maquinismo, etc.

términos absolutos. Si conociese términos absolutos, no habría todavía esclavos ni siervos. Pero no son la esclavitud ni la servidumbre las relaciones sociales *dominantes*; nuestro modo de producción es otro, basado en el trabajo asalariado...

...Decía antes que era preciso caracterizar la ideología en términos distintos –pero complementarios- de aquellos que Marx empleó. Transcribiré a continuación este segundo modo de ver la ideología, tal como lo pensé hace algunos años. Note el lector cómo la sombra de Marx aparece por todas, y cómo la resulta imposible modernizar la teoría de la ideología sin partir de Marx.

“Dando por supuesta la anterior caracterización, una teoría contemporánea de la ideología debe incluir por lo menos los siguientes rasgos definitorios. La ideología es un sistema de valores, creencias y representaciones que autogeneran necesariamente las sociedades *en cuya estructura haya relaciones de explotación* (es decir, todas las que se han dado en la historia) a fin de justificar idealmente su propia estructura material de explotación, consagrándola en la mente de los hombres como un orden ‘natural’ e inevitable, o, filosóficamente hablando, como una ‘nota esencial’ o *quidditas* del ser humano. Tiene su *lugar individual* de actuación en las zonas no conscientes del psiquismo, entendidas desde el punto de vista de la dinámica psíquica: algunas representaciones figuran en calidad de ‘represiones’ profundas en la inconsciencia, tal como figuran en el hombre de hoy muchas representaciones inducidas en su mente, desde la infancia, por la televisión comercial; otras se aloja en la preconsciencia (en sentido freudiano); zona psíquica compuesta de restos verbales y numéricos ‘olvidados’ pero que pueden ascender a la conciencia cada vez que ésta lo requiera, como es el caso de la ideología religiosa que habitualmente se tiene como algo ‘olvidado’ en la mente, pero que en horas difíciles o, simplemente, cuando alguna advertencia o las charlas religiosas por la radio) lo determina, reaparece en la conciencia como imperativo moral, como tranquilizador de la conciencia. Es pues, una falsa conciencia, apostada en la mente para recordar cosas como que la miseria social es un ‘mal necesario’, porque Dios no dispone mal las cosas y porque, en fin de cuentas, la pobreza es santa y es más difícil hacer entrar a un rico en el reino de los cielos que a un cable por el ojo de una aguja. El *lugar social* de actuación de la ideología en tiempos de Marx lo formaban las instituciones sociales (como el Parlamento), la cultura libresca, los templos, hoy lo forman además y primordialmente, los llamados *mass-media* o medios de comunicación de masas, los cuales inducen subliminalmente la ideología en los individuos y, sobre todo, comercialmente, realizan una explotación a fondo del psiquismo humano, una explotación específicamente ideológica que consiste en poner al psiquismo al servicio inconsciente del sistema social de vida. La explotación de plusvalía material se justifica así y se refuerza constantemente mediante una explotación de *plusvalía ideológica*, concepto que es necesario manejar en una teoría de la ideología contemporánea, entre otras razones, porque el sistema capitalista lo utiliza en la práctica, pragmáticamente, a semejanza de aquellos capitales

prácticos, que según decía Marx, aplicaban la teoría del valor, sin conocerla en absoluto, con mucho mayor precisión que todos los economistas juntos. Las diversas implicaciones de este concepto, que introduce en mi libro *La plusvalía ideológica*, están explicados en éste. Hoy en día los ‘analistas motivacionales’ o psicólogos al servicio de empresas comerciales del sistema, que explotan .como lo demostró hasta la saciedad Vance Packard –los resortes irracionales de la inconsciencia psíquica para vender productos, son unos grandes y prácticos aplicadores del concepto de plusvalía ideológica, aunque no tengan la menor idea de la teoría marxista de la ideología.

“Para finalizar esta caracterización esquemática, es preciso advertir que la mayor parte de las confusiones que ha suscitado el vocablo ideología viene de que parece aludir a una ‘ciencia de las ideas’ (esto quiso ser para el inventor del vocablo, Destutt de Tracy, pero con tan mala fortuna que, bajo el impacto de los denuestos napoleónicos, el vocablo se convirtió en sinónimo de idealismo histórico); también parece aludir a un ‘sistema de ideas’. Pero las ‘ideas’ de la ideología no son tales ideas. No son ideas, son creencias; no son juicios, son prejuicios; no son el resultado de un esfuerzo teórico individual, sino la acumulación social de las *idées reçues* o de cualquier clase social, sino valores y creencias difundidos por la clase económicamente dominante. Como lo decía Helvetius: ‘Los prejuicios de los grandes son las leyes de los pequeños’. No son, en suma, ideas, y con razón, desde Mannheim para acá, varios autores han comparado las ‘ideas’ de la ideología con los *idola* de Bacon. La crítica de Bacon, hecha en nombre de la ciencia empírica, iba dirigida contra la ideología o *ideología* medieval. De igual modo, la crítica de Marx fue dirigida contra los *fetiches* ideológicos burgueses; y hoy la *teoría crítica de la sociedad* –cuyos representantes son quizás los mejores continuadores de la tradición marxista de la ideología- es una *teoría* cuya crítica va dirigida frontalmente contra los valores, creencias, ídolos, fetiches ideológicos de la sociedad industrial más avanzada. Su rasgo fundamental sigue siendo la economía mercantil y monetaria, pero ha desarrollado con creces su propia formación ideológica, sus medios especiales de difusión y esclavización psíquica, y cuya presencia ideológica he bautizado en otra ocasión parodiando una frase de Hobbes: *Homo homini mercator*, el hombre es un mercader para el hombre –es decir, algo mucho peor que un lobo. Por todas estas razones es absurdo hablar de ideología revolucionaria, puesto que una revolución no puede ser genuinamente ser impulsada por prejuicios, fetiches o catecismos, sino *contra ellos*.

(pp. 93-103)

## **Teoría del reflejo – Expresión**

En cuanto a la deformación que considera a la ideología como un simple “reflejo” de las relaciones materiales básicas, es característico de la inmensa mayoría de los manuales decir que cosas como la “teoría del conocimiento”, el arte, la filosofía, la moral, “etcétera” (este “etcétera” es clásico desde los tiempos del mismo Engels, y marcan una imperdonable ambigüedad e inseguridad teórica), son el reflejo de la “realidad” (¡como si la ideología fuese irreal!). Dice así el Manual de Kuusinen, por ejemplo: “La teoría marxista del conocimiento es la *teoría del reflejo*. Esto significa que considera el reflejo de la realidad objetiva en el cerebro del hombre”. Por su parte, el Manual de Rosental afirma: “Así como las leyes de la realidad existen independientemente de la conciencia y de la voluntad de la gente, las de la cognición, las leyes lógicas, existen en la conciencia como *reflejo* de las del mundo objetivo. Las primeras, son leyes del mundo material; las segundas son leyes del *reflejo* de lo material...”. Este pensamiento manualesco está tan difundido y solidificado que ha llegado a aceptarse por parte de autores tan poco manualescos como Lukács, cuya *Estética* está basada en la “teoría” del reflejo. “En la base de este libro –escribe el gran marxista- se encuentra la idea general de que el reflejo científico y el reflejo estético reflejan la misma realidad objetiva”. Un agudo filósofo marxista inglés, George Thomson, a quién tampoco se podría acusar de manualesco, nos dice acerca de cierta frase de Heráclito (“Todas las cosas se transforman en fuego y el fuego se cambia en todas, como el oro por mercancías y las mercancías por oro”) que lo allí propuesto no es sino “el *reflejo ideológico* de una economía basada en la producción de mercancías”, observación que sería mucho más correcta si dijese, como habría dicho Marx, que la frase de Heráclito es *expresión ideológica* del nacimiento de la producción mercantil, y no su simple y pasivo *reflejo*. Cualquiera diría que se trata de una mera diferencia terminológica sin importancia; pero, en realidad de verdad, esa “diferencia” tiene consecuencias teóricas gravísimas. En lo teórico, la llamada teoría del reflejo convierte a la ideología en un mero y pasivo epifenómeno de la “verdadera” realidad, la realidad material. En lo práctico, lleva a conductas presuntamente revolucionarias para las cuales basta con cambiar las relaciones materiales para que cambie la conciencia. Ambas cosas han demostrado ser históricamente falsas, y ese pensamiento manualesco ha sido el causante de muchos fracaso en la lucha por la interpretación y la transformación de la sociedad.

Por otra parte hay que notar los siguientes puntos. En primer punto término, si el “reflejo” aparece en la obra Marx es con estricto carácter de *metáfora*. Prueba de ello es el pasaje de la *ideología alemana* donde habla de los “reflejos y ecos ideológicos”. ¿Por qué no construir una “teoría del eco” y decir que el conocimiento, el arte y la moral son el “eco de la realidad material”? En segundo término, Marx empleó mucho más frecuentemente el término *Ausdruck* o “expresión” para decir cosas tales como que la ideología es la *expresión* de las relaciones

materiales dominantes. No es lo mismo “expresión” que “reflejo”, pues mientras este término designa un nivel estático y puramente especular, el término *expresión* designa una realidad dinámica, activa, autónoma en penúltima instancia, y que tiene un papel decisivo en el desarrollo y el cambio social. La teoría marxista de la ideología es una teoría dinámica, mientras que la teoría del reflejo es estática y, por tanto, es ella misma *ideología* y no científica.

En cuanto a la “superestructura”, no hace falta aquí abundar en citas que demuestren el empleo constante casi maníático, que de este término hacen los manuales y el pensamiento manualesco. Diré, de entrada, que no veo inconveniente alguno en emplearlo, *siempre y cuando se tenga en cuenta su carácter de metáfora* (arquitectónica). Pero precisamente el pensamiento manualesco se caracteriza por confundir lo que es una metáfora con una explicación científica, con lo cual se llega a los más increíbles absurdos teóricos, el más grave de los cuales consiste en hacer ver la concepción marxista de la sociedad como una concepción que divide a aquélla en compartimentos estancos, en regiones separadas. Precisamente para Marx la sociedad era un todo, y por eso decía que, epistemológicamente, la categoría principal para entender la sociedad es la categoría de totalidad, tal como lo afirma taxativamente en la Introducción de sus *Grundrisse*. Por ello conviene puntualizar ese carácter metafórico.

Lo que en castellano culto suele llamarse “superestructura” –a veces transformado en “supraestructura” o en “sobreestructura”- Marx lo designaba de dos modo. Unas veces, empleando la etimología latina, dice *Superstruktur*; otras, hablando en alemán, dice, dice *Überbau*, que viene a ser literalmente la parte superior (*über*) de un edificio, o construcción o estructura (*Bau*); aunque, desde el punto de vista arquitectónico, no es propio llamar *Überbau* o “superestructura” a la parte superior de un edificio, ya que éste es, todo *él* (¡nótese la totalidad!) una “estructura”; *Überbau* designa en realidad los andamios o tableros que se van superponiendo a un edificio a medida que se lo va construyendo, pero que lógicamente desaparece cuando el edificio está ya terminado. Un edificio acabado arquitectónicamente es una estructura; no hay en él rastro alguno de superestructura, *Überbau* o andamio-puente.

Ninguno de los dos vocablos antes mencionados abunda en las obras de Marx, en contra de lo que pudiera desprenderse de tanto pensamiento manualesco marxista sobre la superestructura ideológica. Es cierto que Engels sí insiste en el término, sobre todo en el *Anti-Dühring* y en ciertas cartas en los años 90, pero Marx mismo no lo menciona sino en muy escasas oportunidades. Que yo recuerde, sólo habla de *Superstruktur* en tres ocasiones y de *Überbau* en una sola. Es probable que me equivoque en el número, pero en todo caso es seguro que Marx casi nunca usó esas expresiones. Lo cual es una primera razón para pensar que, aunque ilustrativa de una teoría científica, la célebre “superestructura” no era otra cosa para Marx, que una metáfora, usada con discreción y economía estilística en unas pocas ocasiones. En cambio sí abundan sus *explicaciones teóricas* acerca de la *estructura* de la sociedad; incluso terminológicamente es abundante el vocablo *Struktur* (en expresiones como *ökonomische*

*Structur* o estructura económica), y ello se debe a que la estructura no era para Marx una metáfora, sino *un concreto concepto epistemológico*.

Conviene ahora acercarnos al pasaje de Marx que ha dado lugar a todos los falseamientos manualescos. Advierto que son importante ciertas modificaciones que he introducido en la traducción que usualmente se hace de este célebre pasaje: “En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad; son relaciones de producción, que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones forma la estructura económica (*ökonomische Struktur*) de la sociedad, su basamento real (*die reale Basis*) sobre el cual se alza un edificio (*Überbau*) jurídico y político, al que corresponden determinadas formas de conciencia social (...) La alteración de los fundamentos económicos (*ökonomischen Grundlage*) se acompaña de un sacudimiento subversivo más o menos rápido de todo ese enorme edificio”<sup>6</sup>.

Como se sabe, el Libro I de *El capital* fue vertido al francés, en vida de Marx, por J. Rou, cuya traducción revisó personalmente Marx. Ahora bien, en el libro I, Marx cita el fragmento de su prólogo de 1859 que ha sido arriba transcrita. La traducción que aquí ofrezco de ese fragmento está inspirada en la francesa revisada por Marx. Es de suponer, por otra parte, que tratándose de un texto teóricamente tan importante, Marx debe haberlo revisado con especial atención. Pues bien, allí no se vierte *Überbau* por “superestructura” sino por “edificio” (*édifice*) y *Basis* y *Grundlage* son traducidos como *fondation*<sup>7</sup>.

Nadie negará, pues, sensatamente, que estos términos poseen mayor autoridad que las celeberrimas “base” y “superestructura” de que tanto nos hablan los manuales. Pero no es mi finalidad aquí encerrarme en un asunto meramente terminológico. Mal que bien, los términos consagrados de “base” y “superestructura” vienen a decirnos lo mismo que los otros términos, en el sentido de que pueden cumplir su papel como términos de una analogía. Pero ocurre que lo cumplen, desde el punto de vista literario, con menos propiedad, pues la idea de Marx era comprar la estructura económica de la sociedad a los cimientos o fundaciones de una edificación, por un lado, y por el otro, comparar la formación ideológica de esa sociedad (es decir, su “fachada” jurídica y política, el Estado y otras formas de “conciencia social”) a la edificación misma, que reposa sobre aquellos cimientos. Un *ideólogo* es alguien que, con tosco criterio aldeano –como el que tienen muchos profesores universitarios- piensa que por no estar los cimientos a la vista, no existen; esto es, confunde a la sociedad con su fachada jurídica-política, olvidando o negando –como avestruz intelectual- el fundamento económico real sobre el que descansa toda esa fachada. Y si ve el mundo invertido, cabeza abajo, es porque su ilusión ideológica lo lleva a creer que el edificio sostiene a los cimientos y no los cimientos al edificio;

<sup>6</sup> Karl Marx, *Zur Kritik der politischen oekonomie*, en *Marx-Engels Werke*, ed. Cit., vol. XIII, “Vorwort”, p. 8.

<sup>7</sup> Véase Karl Marx, *Ouvres*, ed. Établie par Maximilien Rubel, La pléiade, Paris, 1965-1968, vol. I, p. 272; ver también la nota correspondiente de Rubel, p. 1601.

es decir, juzga a las sociedades por lo que éstas piensan de sí mismas, por la vestimenta ideológica que exhiben, y no por las relaciones reales que mantienen sus individuos. Lo cual tiene un carácter máximamente ocultador y engañoso si se piensa que esas relaciones materiales son relaciones de explotación. La analogía de Marx, que tan de cabeza ha traído a los manualistas, es, pues, como sigue:

$$\frac{\text{Estructura económica} (\textit{Struktur})}{\text{Ideología} (\textit{Ideologie})} :: \frac{\text{Cimientos} (\textit{Basis})}{\text{Edificio} (\textit{Überbau})}$$

Hay, como se ve, una *igualdad de relaciones*, que es lo que, según decía Aristóteles, constituye una *analogía*. Pero el hecho de que haya una igualdad de relaciones (y esto es lo que olvidan los manuales tradicionales) no implica en modo alguno que los términos del segundo sustituyan *realmente* a los del primer conjunto. Toda metáfora consiste en esta *translatio*. Si decimos, para utilizar el ejemplo aristotélico: “la vejez es a la vida lo que el atardecer es al día”, enunciamos una metáfora. Del mismo modo, si decimos: “la base o cimiento de la sociedad”, emitimos una metáfora. Y lo mismo ocurre de si decimos: *edificio* o *superestructura ideológica*.

Queda así demostrado el carácter metafórico de la célebre “superestructura”, que los manuales se empeñan en hacer pasar por cumplida explicación científica. El hecho de que la obra de Marx se presente trajeada de muchas metáforas de este tipo –a las que tenía derecho como escritor- no constituye una razón para que los manualistas hagan pasar todas estas metáforas por explicaciones científicas. Lo grave del caso es que con ello dan lugar a tremendas confusiones. Un término que para Marx era esencialmente negativo –la “ideología”- ha resultado así poseer dos valores por lo que los manuales hablan tanto de una “ideología reaccionaria” como de una “ideología revolucionaria”. Lo cierto es que para Marx toda ideología era esencialmente reaccionaria. Los manuales olvidan que la ideología no es sino *una parte* de la conciencia social: aquella parte destinada a la preservación ideal del orden de explotación establecido. Lo mueve a un obrero revolucionario no es una “ideología”, sino su contrario: una conciencia de clase.

(pp. 103- 110)